

Las transformaciones de la cultura del *habitar* en la ciudad de Mérida

DEBBY AVENDAÑO S.

La arquitectura ha sido una de las principales intérpretes en la dinámica de desarrollo histórico y cultural de los pueblos. Ella expone la relación inevitable entre espacio y cultura, revelando cómo el objeto habitable puede estar determinado y ser expresión del habitar.

Si concebimos que el habitar se expresa a través de todo tipo de actos que implican todos los sentidos, podemos comprender a la ciudad de Mérida como el escenario de la conducta individual y social del hombre que la habita.

El registro histórico que dejó la arquitectura de los años '40 en nuestra ciudad con las intervenciones de los arquitectos Manuel Mujica Millán y Luis Bosetti en el casco central –para citar un ejemplo–, señala una manera específica de organizar la ciudad y de entender la arquitectura; esa manera se plasmó en sus concepciones –y en las de sus clientes– de institucionalidad, disciplina, jerarquía, representatividad e imagen, las cuales se materializaron, estructurando, configurando y asignando una connotación a edificaciones como la Catedral, el Palacio

Arzobispal, la Gobernación y el Rectorado. (Fig.1).

La unidad y coherencia de estas edificaciones demuestran que fueron –en el sentido heideggeriano– *habitadas* antes de ser construidas.¹ Y el éxito que a través de los años parece haber signado a estos edificios como emblemas institucionales, se acentúa en su condición de patrimonio histórico y atractivo turístico.

De esta manera, hallamos a la Mérida de los '40 y sus edificaciones como testigos y resultados de un proceso, determinado en gran parte por el

* Profesora de pre y postgrado en la Facultad de Arquitectura y Diseño de la Universidad de Los Andes.

carácter de la práctica religiosa, gubernamental, académica y arquitectónica, es decir –parafraseando a Heidegger–, por “la manera según la cual los hombres (religiosos, políticos y académicos) eran en la tierra de Mérida”.

Por contraste, en los últimos veinte años aproximadamente, nuestra ciudad como objeto habitado ha venido sufriendo una serie de transformaciones urbanas y arquitectónicas que han mermado paulatinamente su calidad de vida; aquella que hacía significativa (en gran parte) nuestra existencia en esta ciudad.

Por tanto, vale la pena revisar la manera en que los *hombres y mujeres de Mérida* estamos imaginando, identificando, utilizando, permitiendo y construyendo nuestro espacio urbano y arquitectónico en la actualidad. La Mérida habitable, que cobijaba amablemente el *SER*² ciudadano, presenta ahora una progresiva tendencia hacia la indiferente, congestionada y estresada condición metropolitana; con esto, no se trata de defender una visión romántica y retrógrada en contra de las posibilidades de crecimiento y “progreso” de nuestra ciudad, lo que se intenta es reflexionar sobre las necesidades y posibilidades de imaginar, componer y construir en la ciudad, comprendiéndola como objeto habitable, *habitándola* antes de intervenir o tomar decisiones en ella. En este sentido, desarrollaremos a continuación algunas reflexiones sobre la arquitectura que actualmente se construye en la ciudad, la incompreensión de habitar una zona sísmica y la valoración del patrimonio construido.

La arquitectura de la especulación

Muchos de los nuevos desarrollos residenciales de la ciudad, adolecen de las mismas carencias y sobreabundan en los mismos errores. La carrera a favor de la especulación va en detrimento de la calidad de vida; si bien, entendemos que

es necesario un incremento en el número de viviendas frente a la creciente demanda ciudadana, también esperamos que este aporte no sea sólo a nivel cuantitativo, sino también cualitativo. No basta con revestir las fachadas de los edificios con tablillas de ladrillo para adoptar la imagen vigente (“vigente” o ¿vigente?), nos ofrecería, más espacios públicos y áreas verdes en relación al número de torres y apartamentos “construidos”, por ejemplo.³



Trolmérida, Estación Terminal de Ejido

En una mirada retrospectiva, basta con observar la cantidad de áreas públicas planteadas en el diseño de urbanizaciones de interés social de los años '70, como Los Sauzales, Humboldt o J.J. Osuna; es precisamente en esas áreas donde juegan los niños y se favorece el encuentro social. (Fig. 2). Para los años ochenta, los conjuntos residenciales comenzaron a acusar una merma en cuanto a esta relación de densidad, y así encontramos que las áreas verdes se restringieron a unas cuantas zonas ajardinadas y que el espacio de encuentro social se hizo coincidir con el área de estacionamiento; así se crearon las Residencias Independencia en la Avenida Las Américas o Centenario en Ejido. (Fig. 3). El nuevo siglo, trajo para la producción arquitectónica residencial en Mérida, no sólo la disminución o eliminación de los espacios de encuentro e

interacción –cuando el estacionamiento pasó al sótano, ya no se hizo muy agradable entablar conversaciones con los vecinos en una zona de poca iluminación y ventilación natural–, sino que en algunos casos, dichos conjuntos se convirtieron en torres apiñadas, símbolo del abuso recubierto en tablilla.

Es cierto que con este tipo de soluciones habitacionales muchos han encontrado vivienda, pero también es cierto, que la calidad de vida, de disfrute y de contemplación se ha reducido considerablemente; basta con imaginar que tras un largo día de trabajo que culmina con una o dos –tal vez, tres–, horas estancado en el tráfico, el llegar

a casa ofrezca un ambiente ruidoso desde el exterior –por lo tanto hay que cerrar las ventanas–, y sin vista alguna memorable. Asomarse a la ventana y no poder ver alguna de nuestras cordilleras, sino ver la ventana del vecino, no debe ser muy gratificante (Fig.4); de allí que el hombre de la Mérida contemporánea se vuelva al interior de su hogar, prefiriendo la televisión, los videojuegos o el internet; de este modo, se encierra en su mundo, deteriorando paulatina e inconscientemente las posibles relaciones con su entorno natural, construido y social.

Así, la ausencia de espacios públicos y de áreas verdes están modificando nuestro habitar; las conexiones con el cielo y la tierra parecen estar cada vez más limitadas, afortunadamente las montañas que flanquean la meseta, rematan de verde cada una de nuestras desordenadas calles.

Del habitar sísmico

Son múltiples las referencias a la sabiduría indígena para asentarse en zonas que no representen un peligro para la vida. Habitar en armonía con el entorno, aprovechando sus bondades y respetando sus límites ha sido una de las premisas de muchos pueblos antiguos. Hoy en día, estas manifestaciones tradicionales podrían verse potenciadas, y hasta casi perfeccionadas, con todo el bagaje teórico y los adelantos científicos y tecnológicos que se desarrollan desde las múltiples áreas del conocimiento; pero lamentablemente, existen casos como el nuestro, que no acusan recibo ni de la tradición, ni de las advertencias científicas.

El crecimiento de la ciudad de Mérida ha dejado registro de cómo se han ido relajando las normas que condicionaban o condicionan sus construcciones respecto a su condición de zona sísmica. En la actualidad, tras haber pasado el umbral de los cien años desde el último gran terremoto de los Andes venezolanos en 1894, encontramos un aumento considerable en el número de plantas de los edificios que casi duplica el de la normativa vigente para los años ochenta ⁴ (Fig.5); resulta muy significativo también, el hecho de que ahora se ha generalizado el uso de la planta inferior como área de estacionamiento ⁵ para “aprovechar el espacio”, a diferencia de las playas de estacionamientos que años atrás acompañaban a las zonas verdes y que en caso de movimiento sísmico permitirían una zona efectiva para el desalojo. El otro aspecto a destacar, es la localización de los nuevos y permitidos desarrollos arquitectónicos, casi al borde de los taludes de los ríos Chama y Albarregas. Ya quedó atrás, el asombro y la polémica que hacia la década del ochenta desataría la construcción de las Residencias El Viaducto al filo del Albarregas a la altura del Viaducto

Campo Elías –emulando a las casitas vecinas de las Avenida 2 Lora–; hoy en día, un edificio más, en estas márgenes, no parece ser un problema para los entes reguladores, que parecen complacer tanto a constructoras inconscientes como a la masa compradora que resulta encantada tanto por las lajas de ladrillos que los envuelven –y que en caso de un fuerte movimiento telúrico serán como proyectiles sometidos a la ley de la gravedad–, como por la vista privilegiada del “hermoso talud”.



En todo caso, el problema más grave, es que la gran mayoría de los que viven en Mérida, no tienen conciencia de habitar una zona sísmica para conocer los posibles riesgos a los que están sometidos y saber cómo responder ante ellos. Por otro lado, esta ilustrada ciudad universitaria ha hecho caso omiso a los especialistas, que desde la academia y sus centros de

investigación, han clamado en el "desierto" –desde hace unos cuarenta años aproximadamente–, por el desarrollo de una gestión del riesgo y consolidación de una cultura sísmica, que no sólo apunte la conciencia ciudadana y gubernamental, sino que establezca las responsabilidades pertinentes.⁶

las intervenciones artísticas y publicitarias en la fachada posterior del Liceo Libertador, (Fig.7) las modificaciones realizadas al Grupo Escolar "Vicente Dávila" perdiendo su traza racionalista, el estado de deterioro que acusa el Ambulatorio "Venezuela" –antiguo Sanatorio Antituberculoso–, obra de Carlos Raúl Villanueva –no sólo lo colonial es patrimonio–,⁷ son ejemplos del estado de inconsciencia que tenemos respecto a los valores patrimoniales. (Fig.8).



Vista panorámica del estadio 5 Aguilas Blancas de Mérida

De la valoración del patrimonio construido

Reconocer, apreciar o estimar el valor del patrimonio histórico construido local, parece por momentos, sólo ocupación de especialistas en la materia. Los graffitis sobre los muros de tapia restaurados, los tarantines de los trabajadores informales que se apoyan en la fachada lateral de la Basílica Menor (Fig.6),

A partir de estos hechos podemos plantearnos algunas interrogantes: ¿la comunidad que vive en Mérida RECONOCE sus edificios patrimoniales?; y seguidamente: ¿la comunidad que vive en Mérida se IDENTIFICA con sus edificios patrimoniales?⁸

La consolidación de una cultura patrimonial de lo construido, en este caso, no puede seguirse quedando al interior de la academia y de algunos trabajos de investigación; como tampoco puede conformarse con refacciones superficiales y baños de pintura. Involucrar a la comunidad es fundamental, valorar y cuidar nuestro patrimonio es una tarea



de todos, desde los rectores de los entes gubernamentales, académicos y eclesiásticos, pasando por los directores de instituciones, profesionales, comerciantes y constructores, hasta los estudiantes de los niveles iniciales y la población en general.

Una empresa de esta envergadura necesita políticas de estado eficaces —educativas, divulgativas, preventivas, de conservación y hasta punitivas— asesoradas por quienes se han especializado en la materia. Tales políticas deben establecerse en respuesta a un diagnóstico de la realidad en la que se encuentra el patrimonio arquitectónico y de la apreciación que la comunidad tiene sobre él. De este modo, a partir de la comprensión del objeto y del sujeto, así como de las posibles relaciones entre ellos, puede generarse un proceso de reconocimiento, identificación y apropiación que desemboque en un real afecto y cuidado por parte de la comunidad que, a partir de ese momento *habitará* el patrimonio construido de la ciudad.

El binomio comunidad - patrimonio arquitectónico desarrollado en estos términos, es garantía de unos ciudadanos orgullosos de su herencia, identificados con su ciudad, que tendrán objetos habitables dignos de contemplar —una y otra vez— mientras caminan por las calles o se asoman por las ventanas. Además, el éxito de la rentabilidad producto del turismo es una consecuencia casi inmediata, por lo que se potenciaría el ya existente.

Sigue siendo tarea pendiente poner al día las medidas para proteger y conservar las edificaciones patrimoniales, así como realizar esfuerzos para sensibilizar a la opinión pública sobre este *habitar* que tiene como rasgo fundamental un *cuidar* que descansa en el *ser* del hombre.

Desde el *habitar* recibe el *construir* la indicación para erigir lugares

Desde estas reflexiones podemos imaginar en nuestra ciudad construcciones fundadas desde el *habitar*, y los lugares así erigidos marcarían a su vez, el *habitar* hombre.

Por tanto, si este *habitar* se conserva en la medida que lleva su esencia a las edificaciones y estas cobijan la manera de ser del hombre



en la tierra, bajo el cielo y ante las divinidades –Cuaternidad–, podríamos soñar una ciudad como objeto habitable, en el que las construcciones hagan significativa la existencia del hombre en Mérida a través de la arquitectura. **a**

Notas

¹ Véase: Heidegger, Martin. “Construir, Habitar, Pensar”. En: *Conferencia y artículos*. Barcelona: Serbal, 1994.

² Para Heidegger, el habitar descansa en el ser del hombre, es decir, en su manera de ser en la tierra, bajo el cielo y ante las divinidades. A esta unidad de los cuatro se le ha denominado Cuaternidad.

³ Véase: Ordenanzas de la Gaceta Municipal de la Alcaldía de Libertador, Año 2002.

⁴ Véase las modificaciones realizadas a las ordenanzas en los años 1978, 1999 y 2002.

⁵ Está comprobado científicamente que los sótanos o plantas bajas libres de mampostería o tabiques internos tienen una respuesta menos favorable ante movimientos sísmicos.

⁶ Véase Ley Orgánica de Gestión Integral de Riesgos Socionaturales y Tecnológicos, sancionada por la Asamblea Nacional en el mes de julio del 2008.

⁷ La arquitectura moderna en nuestra ciudad ha sufrido una gran incomprensión a todo nivel. Las intervenciones o el estado de deterioro que muestran gran parte de las edificaciones presentan un desconocimiento total de sus valores estéticos, urbanos y sociales, entre otros. Véase: Páez, Ch. “Centro Histórico y Periferia Moderna”. En: *Revista De Arquitectura*. N° 3. 49 – 54, 1995. Véase también: Febres, B. *La arquitectura moderna en Mérida. 1950 – 1959*. Mérida: ULA, 2006.

⁸ Al respecto, véase: Marín, E. “Ciudad y Patrimonio: Hacia la interacción del patrimonio artístico y arquitectónico de la ciudad de Mérida”. En: *Itinerarios y enseñanza de la memoria urbana de Mérida*. Mérida: ULA. 2006, pp.173 – 194.



Vista lateral del estadio 5 Águilas Blancas de Mérida



FIG. 1

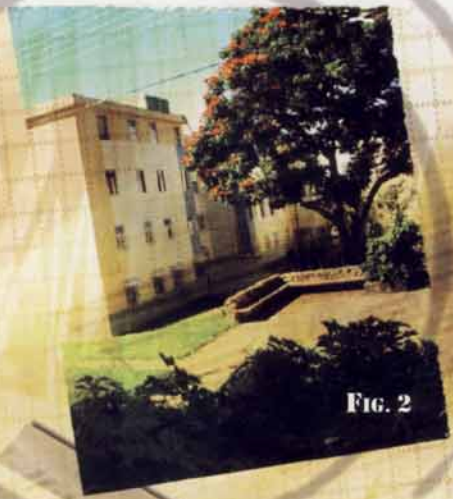


FIG. 2



FIG. 3



FIG. 6



FIG. 4



FIG. 5

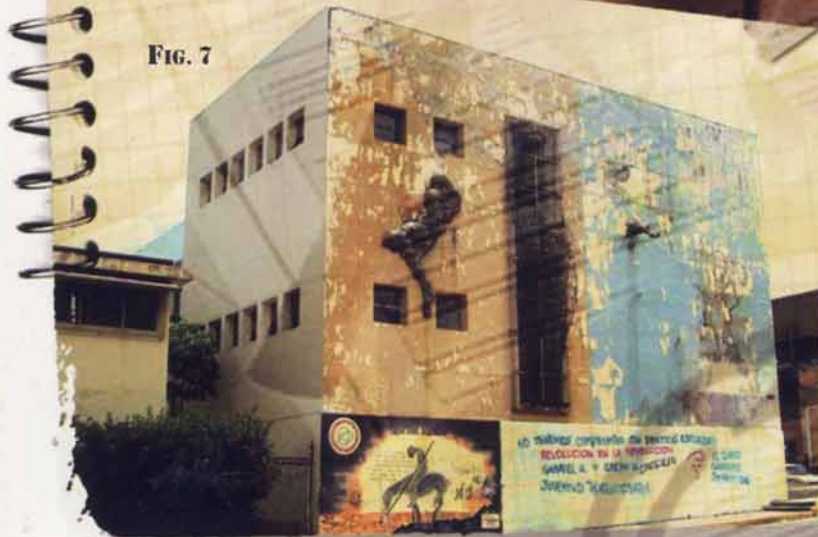


FIG. 7

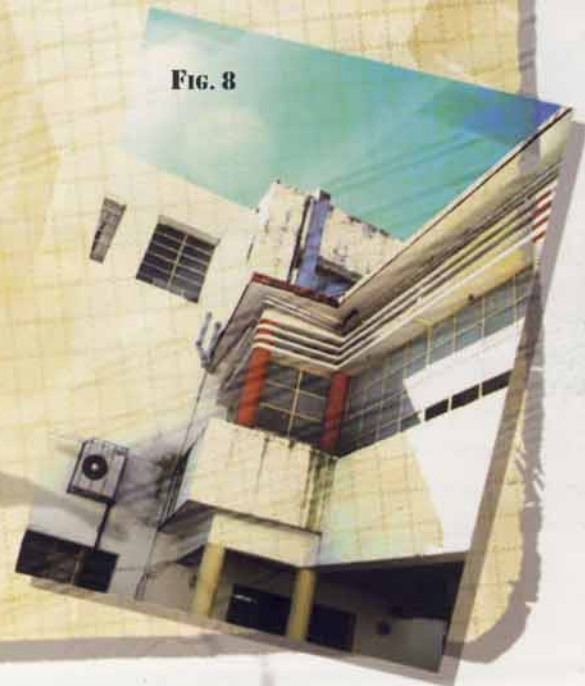


FIG. 8